

Antonio Pereira o el placer de contar

Por José María Martínez Cachero

Ilustración Tino Gatagán

José María Martínez Cachero (Oviedo, 1924) ha sido catedrático de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y, desde 1989, es emérito de la misma. Académico correspondiente en Asturias de la Real Academia Española y profesor visitante en las universidades americanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en Leopoldo Alas, «Clarín», y en novela española contemporánea, es autor, entre otros títulos, de La novela española entre 1936 y el fin de siglo.

La entrada de Antonio Pereira en nuestra república literaria se produjo por el camino de la poesía, género que cultivó exclusivamente durante algún tiempo con brillantez y éxito, nunca abandonado pero sí alternado después con la narración, tanto extensa -ahí están las novelas *Un sitio para Soledad* (1969), *La costa de los fuegos tardíos* (1973) y *País de los Losadas* (1978)- como en forma de relatos breves, modalidad iniciada públicamente en 1966, cuando obtuvo el premio «Leopoldo Alas» con *Una ventana a la carretera*, y proseguida hasta hoy con el libro que va a ocuparnos, *Me gusta contar*. Su obra como cuentista quizá sea al presente la cara más conocida y reconocida del escritor Antonio Pereira y así lo atestiguan prestigiosos galardones: el «Fastenrath» 1988 (por el volumen *El síndrome de Estocolmo*) y el «Torrente Ballester» 1993 (por *Las ciudades de Poniente*). Nacido en 1923, Pereira pertenece a una generación literaria -la del medio siglo- cuyos miembros narradores -novelistas y cuentistas, por lo general, pero alguno de ellos autor sólo de relatos breves- dieron con su trabajo mantenido en las décadas de los 50 y los 60 inusitado esplendor al género cuento; unos cuantos nombres, inamovibles ya de cualquier censo antológico, y, con ellos, buen número de títulos sirven de fundamento para semejante afirmación, y Pereira figura destacadamente en ese conjunto. Diríase que ocurre así en justa correspondencia a su gusto por contar, declarado explícitamente ya en el mismo título y, también, a su cuidadoso cultivo de «una modalidad literaria que me apasiona».

A lo largo de los años su experiencia cuentística le ha valido para conformar algo así como una poética del género en la que se atiende lo mismo a cuestiones formales que del contenido; entre tales apreciaciones está la relativa a los finales de

algunos cuentos donde un guiño cómplice al lector, revestido por la sonrisa, constituye remate oportuno (caso del titulado El síndrome de Estocolmo). También importa mucho en su opinión el insistir en la capacidad de sugerencia que poseen determinadas palabras, acaso insustituibles para ciertas situaciones, evitándose con su empleo una larga explicación. Pereira declara haber dedicado tiempo y esfuerzo a la elección del vocablo o expresión precisos de entre varios posibles: «En alguna ocasión he podido tardar dos o tres días en escribir un cuento, pero después he necesitado mucho más tiempo para decidir entre una u otra palabra. Recuerdo que, en un determinado caso, estuve dudando entre terminar un relato con la frase "gracias, es usted muy amable trayéndome flores" o "gracias, es usted muy galante trayéndome flores". Esa diferencia, que en una novela no tiene importancia, en un cuento la tiene, y mucha» (de la entrevista que firma Trinidad de León-Sotelo en ABC del 22 de febrero de 1989). En el breve prólogo que abre *Me gusta contar* hay al respecto un decálogo cuyos preceptos van desde la importancia concedida a la historia base del relato, desechando así la posibilidad de que éste carezca de argumento -«lo primero es tener una historia que contar. Sin esto, nada»- hasta otras cuestiones menos principales y acaso más personales.

Llegado nuestro escritor a una envidiable madurez, manifiesta así en la excelencia como en la abundancia de su labor narrativa, no es de extrañar que más de una vez -tengo noticia de hasta tres sin incluir la presente, una de ellas con los textos vertidos al francés y otra más, *Antología de la seda y el hierro* (1986), florilegio de sus poemarios- haya caído en la tentación de antologizarse a sí mismo; lo cual permite, por una parte, conocer sus preferencias y, por otra, aislar dentro del nutrido conjunto seleccionable, aumentado periódicamente con nuevas aportaciones, unas cuantas piezas cuya repetición, antología tras antología, supone el señalamiento de lo más señero entre sus integrantes: tal es el caso, por ejemplo, de *Palabras, palabras para una rusa* u *Obdulia, un cuento cruel*.

Sostiene Pereira que en *Me gusta...* «cumpló el deseo de un agrupamiento escogido de cuentos ya publicados -muchos, inencontrables-, más algunos inéditos o no publicados en libro. Emplazados bajo epígrafes más o menos orientadores, el orden que respetan no es el cronológico de su creación sino el muy personal, y escasamente explicable, de la intuición del autor», y claro está que el lector ha de aceptar tales requisitos aunque frente a ciertas piezas del conjunto presentado no comparta sus personales motivaciones -es lo que me sucede con la nadería titulada *Una fobia de don Jorge* [Guillén]-. Un total de 67 narraciones integra el volumen, repartidas en cuatro secciones con los siguientes epígrafes: «Mundo ni ancho ni ajeno» (21), que aprovecha, modificándolo sustancialmente, el título de una famosa novela del peruano Ciro Alegría; «Historias del Noroeste» (26), que, geográficamente, complementa o sirve de contrapunto a los lugares que comparecían en la sección



anterior como escenarios de la acción; «Cuentos de Madrid» (8); y «Antes que el tiempo muera en nuestros brazos», tomando en préstamo el verso último de la Epístola moral a Fabio, sección integrada por una docena de relatos de vario contenido a los cuales no resulta fácil encontrar un común denominador, si bien tres de ellos -*El hombre de la casa*, *Don Eloy*, *deje salir a Dorita o me mato* y *La escalerilla*-, dada su localización -«un casar en la sierra de Ancares», las nieblas invocadas por el secretario del juzgado (pág. 276), una estación de ferrocarril en el noroeste de España, respectivamente-, creo irían mejor en la sección segunda. Y

es que el noroeste español (destaquémoslo con inicial mayúscula), tal como se nos advierte en la pág. 128, es un país grande, por encima de las convenciones geográfico-administrativas, que comprende «la Galicia de los líricos antiguos y de los fabuladores de hoy, pero también la Asturias de La Regenta y la Sanabria de San Manuel Bueno, y, por supuesto, el Bierzo y los de Astorga, digamos que hasta el Torío para que quede dentro la catedral de León» y, apurando las inclusiones en su territorio, «hasta el castillo de Grajal (ya en Tierra de Campos). De semejante territorio es señor literario Antonio Pereira, nacido en Villafranca del Bierzo, quien ha sacado del mismo elemento como gentes, lugares, sucedidos o maneras peculiares de vida, pero esta evidentísima presencia -«especialización berciana» de Pereira, ha podido decirse- no supone encerramiento en la patria chica, localismo exacerbado que se niega a horizontes más amplios. Prueba de ello la ofrece el repaso a los escenarios en que ocurre la acción de los cuentos de *Me gusta...*, pues buena parte de los mismos muestra una universalización que nos lleva hasta países tan distintos y distantes como Estados Unidos, Rusia, Nepal, Puerto Rico, República Dominicana o Italia en los que, al igual que en sus compañeros españoles -lugares como Madrid, Oviedo, Astorga o León-, preferentemente urbanos o ciudadanos, apenas objeto de descripción, importa sobre todo un ambiente y unas gentes protagonistas de la historia sustentadora o núcleo argumental pues el cuento, sus contadas páginas, no permite extraviarse en otras cosas.

Tales prohibiciones o evitaciones diríase que son normas de obligado cumplimiento en la estrategia del cuento y a ellas suele mantenerse fiel Antonio Pereira, lo que no es obstáculo -en el capítulo de las descripciones, por ejemplo- para que, más bien como excepción, encontremos pasajes tan minuciosamente cargados y

diestramente conseguidos como el referente a un desfile de modelos (las chicas, los vestidos) en las págs. 69-70, cuento *Poeta en el Sheraton*. Aún se intensifica más el proceso eliminador cuando (como sucede en diez casos) el relato se abrevia sumamente y cabe en menos de una página, mera apuntación, divertida por lo general, de un caso o de un personaje con posibilidades de mayor extensión. ¿Podría hablarse de metacuento (o cuento en el cuento) ante relatos como *Truman Capote cuenta un cuento* o *Cuento en la Escuela de Letras*, una variante más en el conjunto que nos ocupa?

Sin entrar en pormenorizados recuentos me parece que resulta más numeroso el censo de personajes masculinos, varones algunos un tanto extraños por causas muy diversas, solos (*El caso Tiroleone*) o en grupo (*La pirámide*), pero también hay ejemplos de relevante protagonismo femenino (*La barbera alemana*, *Obdulia*, un cuento cruel), junto a otros que (como *El ingeniero Démencour* o *El síndrome de Estocolmo*) presentan en primer plano a la pareja hombre-mujer. Ellas y ellos son mayoritariamente habitantes de la ciudad pues escasean los pertenecientes a medios rurales y esto parece arrastrar consigo determinadas características que atañen a clase social -burguesía acomodada-, posibilidades económicas -más bien desahogadas-, preparación cultural- no muy descollante (aunque existan licenciadas como Silvia)-, relevancia social, circunstancias todas ellas que admiten, para que el panorama humano resulte rico y variado, excepciones. Personas jóvenes, maduras y ancianas en cuanto a la edad pueblan un mundo del que los niños están ausentes; son personas, además, bien avenidas entre sí o, en otro caso, un ambiente de vida más bien grato donde las violencias y catástrofes parecen no admisibles aunque alguna vez la muerte, el dolor o la injusticia estén presentes para perturbarlo.

El tiempo al que las historias se refieren y en el que transcurre la existencia de las criaturas protagonistas es un espacio histórico español de cierta extensión, señalado por alusiones al paso que hacen de mojones orientadores y así salen a plaza: la proclamación de la segunda República (*El ingeniero Balboa*), la revolución de octubre de 1934 (*Aquella revolución*), el estallido de la guerra civil (*Don Eloy, deje salir a Dorita o me mato*), los primeros años 50 (*El asturiano de Delfina*), la era de Franco (*El gobernador*), momentos todos ellos de una grande y general historia que no siempre toca efectivamente al destino de los personajes, cuyo tiempo privativo es otro menos notoriamente marcado. Se trata, en suma, de una época conocida por Antonio Pereira quien, escritor fundamentalmente realista, la utiliza como telón de fondo situacional; realismo, siempre o casi siempre -a Pereira, si atendemos a lo consignado en las últimas líneas de la pág. 203, parece disgustarle el empleo de elementos oníricos en la narración-, autobiografismo si identificáramos al narrador-protagonista que vivió y refiere, revelado merced a un «yo» explícito, con la persona del autor; añádase el propósito de comportarse en todo momento como

«cronista veraz», lo que no es óbice para que llegado el caso fantasee, imagine o elucubre más allá de la anécdota narrada.

Temas y técnica

A la apuntada abundancia y variedad de gentes y lugares corresponde una apreciable variedad de registros temáticos entre los cuales destacan por su frecuencia las relaciones amorosas con una insistente carga erótica, cuya placentera culminación es ofrecida con insinuante delicadeza expresiva -después de un párrafo preparatorio, con significativas alusiones a la noche, al ambiente festero y a la cama de la habitación del hotel leemos en la línea siguiente (cuento *El ingeniero Démencour*): «Bueno. En fin. Sucedió lo que tenía que suceder»-; *La espalda de Elisa* -de insospechado final luego de la despaciosa situación previa- y *Dalmira y los monjes* -de título un sí es no es engañoso- quizá sean de las piezas más notables dentro de este registro. La naturaleza extranjera de la geografía de «*Mundo ni ancho ni ajeno*», cuyos personajes residen habitual o transitoriamente en países y lugares diversos, marcados en ocasiones por un cierto exotismo, podría servir para establecer otro registro con pormenores distintivos si no fuera porque Pereira no se complace en descripciones paisajísticas ni tampoco en singularidades costumbristas. Sí constituyen apartado temático exento varios cuentos localizados en Madrid, capital también de la española república literaria -caso de *Cuento en la Escuela de Letras* y *La hueste*-, y en los cuales mandan la sátira y la ironía, nunca extremadas, a propósito de los entre bastidores de un mundillo profesional que el autor conoce bien de cerca y en el cual no es oro todo lo que reluce. No solamente la sátira y la ironía, sino asimismo otras especies de humor, combinadas a veces con la ternura que es comprensión y afecto hacia sus criaturas, aparecen en *Me gusta...* ya en la presentación de los personajes -rasgos físicos, manías, etc.-, ya en el transcurso de la acción; humor y ternura hábil y prudentemente dosificados, sirviéndose Pereira de la insinuación, que apenas parece tocar la realidad tratada.

Antonio Pereira narra sencilla y limpiamente sus historias, sin apelación a recursos que a menudo confunden o resultan disuasorios para el lector ingenuo -que lo son la mayoría de los lectores-, historias siempre atractivas, rematadas con alguna frecuencia y con buen arte por unos finales sorprendentes o imprevistos que a veces -caso de *El asturiano de Delfina*- vienen advertidos desde bien pronto por el protagonista-narrador -«Quién me iba a decir a mí que aquella nevada significaría tanto en mi vida»- y otras, la indecisión -en *El carisma*- o la misteriosidad -en *Los ojos luminosos*-, que no son la sorpresa, la sustituyen.

RESUMEN

Como recuerda Martínez Cachero, el leonés Antonio Pereira se inició en la literatura por la vía habitual de la poesía y, aunque se ha dejado tentar ocasionalmente por la novela, es en el relato en el que parece encontrarse más cómodo. De entre su amplia relación de cuentos, el propio Pereira ha seleccionado 67 narraciones, que ha titulado significativamente *Me gusta contar*. El comentarista ha leído con atención esta selección personal de quien es un pertinaz cultivador de un género tan preciso como el cuento.